

PALADINES ÁRABES Y BIZANTINOS

CARMEN CHUAQUI
UNAM

...los hombres de a caballo me conocen, y la noche,
y el desierto,
y la espada y la lanza, y el papel y la pluma.

CON ESTOS VERSOS CONCLUYE EL poeta al-Mutanabbî¹ su alabanza al gran defensor del Islam y patrón de las artes que, por capturar Alepo en 944 y fundar un reino independiente en el norte de Siria, mereció ser llamado Sayf al-Dawla, es decir, “la espada del reino”. Si bien es insólito que un mismo individuo maneje con igual destreza la pluma y la espada, no es extraño que los bardos de un pueblo perpetúen en sus obras las gestas llevadas a cabo por hombres de armas, a fin de salvaguardar o consolidar la forma de vida de la comunidad y el territorio donde se asienta. En este escrito intentaremos delinear el perfil de los paladines árabes y bizantinos que reiteradamente y en el curso de varios siglos se batieron en las fronteras, siempre en litigio, de dos mundos en pugna.

Sin embargo, los héroes en cuestión no serán los protagonistas de la obra de un rapsoda de altos vuelos —como Homero—, ni de las campañas bélicas consignadas por eruditos historiadores, ni de las crónicas oficiales, que manejan los hechos según su conveniencia, sino de dos relatos populares que, por serlo, nunca fueron considerados parte integrante del arte literario bizantino ni árabe. La primera narra la vida de Digenís, defensor de la Capadocia griega, mientras la segunda —que está incluida en *Las mil y una noches*— es la historia del rey Umar al-Numán y sus hijos, quienes lucharon en el bando opuesto

¹ Este poeta vivió entre 915 y 965. Versión realizada a partir de las traducciones de Arberry, A. J., *Poems of al-Mutanabbî*, Cambridge, 1967, p. 72; Nicholson, R. A., *A Literary History of the Arabs*, Cambridge, 1956, pp. 306-7. Los datos que se dan a continuación sobre Sayf al-Dawla también provienen de Nicholson, p. 303. Agradecemos al profesor R. Chuaqui su asesoría en lo concerniente a la historia y literatura árabes.

aproximadamente en el mismo territorio. Las manos que describieron a estos adalides son anónimas y las proezas narradas no son sino ficción histórica, pero de ese maridaje de la pluma y la espada surgieron estas dos gestas que constituyen una muy placentera recreación de la convivencia entre dos pueblos.²

La pluma

El héroe de la leyenda bizantina lleva en su nombre sus más señaladas características: Digenís Akritis, es decir, “el que descende de dos linajes” —puesto que la rama paterna es árabe y la materna griega— y “guardia fronterizo”. La narración se inicia con la historia del padre: el emir Mousour, que habita en la zona limítrofe arábigo-bizantina, en una de sus tantas incursiones en terreno enemigo, toma por asalto la morada del estratega Andrónico de Capadocia y rapta a su hija Irene. Acuden al rescate los cinco hermanos de la doncella, y el emir propone que la liberación se dirima mediante un duelo entre él y el hermano gemelo de la joven; pero al vencer éste, el emir —ya enamorado de su presa— promete convertirse al cristianismo y trasladarse a Rumania si la familia de ella consiente en que se realice el matrimonio mixto.

El resto del poema se centra en Digenís, fruto de dicho matrimonio, quien desde temprana edad da muestras de su fuerza extraordinaria, pues somete a mano limpia a osos, ciervos y leones. Ya adolescente se enamora de Eudoxia, hija del poderoso estratega Doúkas —quien había mandado matar a varios pretendientes que deseaban raptarla—. Una madrugada se dirige a casa de la joven para ofrecerle una serenata y, al descubrir que el amor es mutuo, deciden fugarse. En la mañana son alcanzados por los soldados de Doúkas, a los cuales vence el mancebo en singular combate, por lo que el padre —admirado— decide aceptarlo como yerno y otorgarle una espléndida dote. Una vez casados, Digenís y Eudoxia se trasladan a los

² *La epopeya de Digenís Akritis*, traducción de la versión de Grottaferrata realizada por S. Impellizzeri: *Il Digenis Akritis, l'epopea di Bizancio*, Firenze, 1940; *Las mil y una noches*, traducción de Juan Vernet, Barcelona, Ed. Planeta, 1964, Cuarta edición, 1970. Conservamos la transcripción que hace Vernet de los nombres de los personajes de la historia del rey Umar al-Numán.

confines del Imperio, donde él tiene numerosas ocasiones de hacer gala de su valentía y destreza en su lucha contra animales salvajes y contra los *apelates*, merodeadores tanto árabes como griegos; a tal punto se distingue que el emperador Basilio acude en persona a verlo combatir y le confiere autoridad para gobernar la frontera, otorgándole el título de "Akrítas".

Diguenís narra personalmente dos aventuras extramaritales de las que, como buen cristiano, afirma arrepentirse: la primera ocurre con una bella joven árabe, abandonada por su amante griego, a la cual rescata de un grupo de asaltantes y, después de poseerla, reintegra finalmente a su seductor, obligándolo a tomarla como legítima esposa. La segunda se da con Maximó, aguerrida comandante de un grupo de amazonas "que el rey Alejandro había traído del país de los brahmanes y tenía la grandísima fuerza de su raza". Tras una encoñada batalla entre los dos —en la cual él sale vencedor— perdona la vida a Maximó, tienen relaciones y la deja regresar a su patria; sin embargo, siente remordimientos, da alcance a la amazona y la mata.

Luego de pacificar el territorio, el héroe manda construir un lujoso palacio en las riberas del Eufrates, donde tiempo después es aquejado por una extraña enfermedad y muere a los 33 años después, abrazado a su mujer, quien fallece casi después.

La historia el rey Umar al-Numán no es fácil de resumir, puesto que, por una parte, es la narración más extensa de *Las mil y una noches* (abarca de la noche 44 a la 145) y, por otra, contiene una gran cantidad de personajes cuyas vidas se entretajan a lo largo del relato, además de tres cuentos independientes que se insertan en él.

Noches

44

El poderoso rey Umayr de Damasco tenía cuatro esposas y 360 concubinas, pero sólo había concebido un hijo: Sarkán, que contaba con veinte años al comienzo de la narración.

45

El señor de Cesárea le envía una esclava griega, Sofía, con quien tiene un par de gemelos: el niño Daw al-Zamán y la niña Nuzhat al-Zamán. Varios años después llega a la corte

una embajada del rey Afridún de Constantinopla: busca aliarse con Umar para castigar al señor de Cesárea, por haberse apoderado de un tesoro de la época de Alejandro que —entre muchas otras cosas— contenía tres amuletos mágicos con inscripciones griegas.

46

En vista de los numerosos regalos que ofrecen los griegos a cambio de ayuda, el sabio visir Dandán aconseja a Umar que envíe un ejército encabezado por su hijo Sarkán. Tras 21 días de marcha encuentra a una bella joven acompañada de nueve doncellas.

47

Sarkán observa a la joven combatir con las doncellas y con una vieja de terrible aspecto; al ver que es capaz de vencer a todas, la desafía a un duelo y es, a su vez, vencido. La muchacha —que es griega y se llama Ibriza— lo conduce al convento donde habita.

48/49

Sarkán pasa varios días espléndidamente bien atendido en el palacio-convento, hasta que llegan los soldados del rey del lugar.

50

Sarkán combate contra los cien patricios del rey y sale victorioso. Ibriza cuenta su historia: es hija del rey griego Hadrub y nieta de la vieja con quien la vio luchar (llamada Sawahi y apodada Dat al-Dawahi = “causante de las desgracias”). Cada año las hijas de los reyes, magnates y comerciantes se reunían en el convento. En una ocasión en que asistió Sofía, la hija del rey de Constantinopla, su barco fue asaltado al regreso por “una nave de cristianos de la isla del alcanfor en la que iban 500 francos”, pero una tempestad obligó a todos a regresar a Cesárea. Fue entonces cuando Hadrub envió a Sofía como regalo de Umar. Ibriza insta a Sarkán a que salga del territorio “de los francos y de los griegos” y promete alcanzarlo después y llevar consigo los tres amuletos que ella tiene en su poder.

51

Sarkán emprende el regreso con cien hombres y después de 25 días de marcha se ve obligado a combatir contra cien

caballeros; a punto de ser vencido, Sarkán derriba al jefe, quien resulta ser la princesa Ibriza. Todos juntos emprenden la marcha hacia Bagdad.

Sarkán explica a su padre que Afridún había tratado de engañarlos para vengar a su hija Sofía, pero que gracias a Ibriza habían podido regresar a salvo. El rey recibe a Ibriza y queda prendado de su belleza; ésta le hace entrega de los amuletos y el rey regala uno a cada uno de sus hijos. Sarkán, quien siempre ha sentido celos de los gemelos, entrega su amuleto a Ibriza.

El rey se enamora de Ibriza, pero ella lo rechaza. El visir Dandán le aconseja que le administre un narcótico para poder poseerla. Así lo hace y la deja encinta. Cuando se acerca el momento del parto, decide huir a su patria con ayuda de su esclava Marchana, acompañadas de un esclavo negro llamado Gabdán. Estando a una jornada del país griego Ibriza da a luz un varón.

52

Gabdán, al ser rechazado por Ibriza, la mata, pero en ese momento llega el ejército griego y logra rescatar a Marchana y al niño. Hardub cuenta a su madre el triste fin de Ibriza y la vieja urde una venganza.

53

Umar y Sarkán se enteran de la huída de Ibriza. En vista de que iban en aumento los celos de Sarkán hacia sus hermanos (que ya habían cumplido 14 años), Umar decide nombrarlo gobernador de la fortaleza de Damasco. Por su parte, los gemelos Daw y Nuzhat deciden hacer la peregrinación a la Meca, en contra de los deseos del rey, y salen secretamente del palacio.

54

Después de visitar los lugares sagrados, Daw propone ir a Jerusalén, donde enferma y, una vez gastado el dinero que llevaban, Nuzhat sale a buscar trabajo. Daw la espera varios días, pero no regresa; los mercaderes del zoco reúnen dinero y lo envían con un camellero a Damasco, pero éste lo deja abandonado. Lo encuentra el fogonero de un baño, quien lo cuida y decide acompañarlo a Damasco a buscar a su hermana.

55/59

Nuzhat encuentra a un beduino que se la lleva con engaños

y la maltrata, pero después decide venderla a un comerciante de esclavas, quien la conduce al palacio de Sarkán. Sarkán man-

60/67

da llamar a cuatro cadíes para que pongan a prueba los conocimientos de la joven y, convencido de su belleza y sabiduría, decide liberarla y casarse con ella. Nuzhat queda encinta la misma noche de bodas.

68

Nuzhat pare una hija, a quien llama Qúdiya Fa-kan, y le pone al cuello el amuleto que le había dado su padre Umar.

69/70

Sarkán reconoce el amuleto y así descubren que son medios hermanos; para encubrir la falta Sarkán la repudia y la casa con su gran chambelán. Poco después la envía de regreso a Bagdad, pues Umar quiere enfrentarla a una anciana y cinco doncellas de gran sabiduría que habían llegado a su corte.

71/77

En el camino a Bagdad, Nuzhat y Daw se encuentran casualmente y se reconocen. Casi al llegar se encuentran a Dandán, quien les informa que el rey Umar ha muerto y han elegido a Daw como sultán.

78/87

Dandán relata la muerte de Umar: la anciana, que resultó ser la vieja Sawahi, mediante argucias logra hacerse de la confianza de Umar y termina por envenenarlo y huir llevándose a Sofía.

88

Daw y Sarkán reúnen sus ejércitos para vengar la muerte de su padre. Los acompaña Dandán, el jefe de los soldados de Daylam y el de los turcos, así como su cuñado el chambelán. Se enfrentan a las tropas cristianas, encabezadas por Afridún, Hardub y la vieja Sawahi.

89/100

Se suceden diversos combates y nuevas argucias de la vieja, quien, disfrazada de asceta musulmán, se infiltra en el campamento y gana la confianza de Sarkán y de Daw.

101/102

Como la victoria no se inclinaba por ninguno de los dos

bandos, se entabla un duelo entre los paladines de ambos ejércitos: Afridún y Sarkán. El primero logra herir levemente a Sarkán, pero es rescatado por sus hombres y trasladado a su tienda. Al día siguiente es Daw quien se enfrenta a Afridún

103

y logra matarlo. Sarkán empieza a recuperarse, pero la vieja

104

se queda a solas con él y lo degüella. Llega un mensajero a

105

comunicar a Daw que su esposa ha dado a luz a un hijo: Kan Ma Kan.

106

Dandán, a fin de consolar a Daw por la muerte de su hermano, narra dos cuentos que son independientes de la historia (noches 107 a 137).

137

Después de cuatro años de sitiar inútilmente Constantinopla, deciden levantar el cerco. Daw sufre una larga enfermedad, deja como sultán a su pequeño hijo Kan y como regente al chambelán.

138/143

Los primos Qúdiya y Kan, que a la sazón tienen 15 años, se enamoran, pero el chambelán se opone a su relación. Kan es despojado por el chambelán y Dandán reúne un ejército para sublevarse contra el usurpador. Kan sale en busca de fortuna y tiene una serie de aventuras con diversos grupos de bandidos.

143

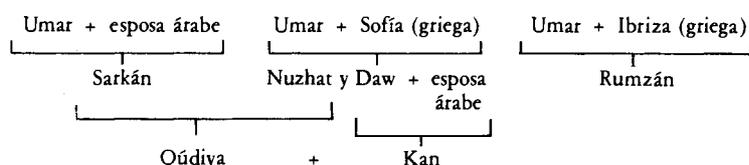
Kan, Dandán y Nuzhat acuerdan emprender una expedición punitiva contra el rey de los griegos, pero son hechos prisioneros por el rey Rumzán. Cuando éste decide matarlos, su nodriza les revela que se trata de sus parientes por parte del padre. La nodriza era la esclava Marchana, quien explica lo sucedido; todos comparan sus respectivos amuletos y quedan convencidos de su parentesco.

144

Kan y Rumzán comparten el poder en Bagdad. Logran vengarse del beduino que raptó a Nuzhat, del esclavo negro que asesinó a Ibriza y del camellero que abandonó a Daw.

145

Finalmente, Rumzán escribe una carta a la vieja Sawahi en la que le dice que ha conquistado los territorios musulmanes y que es necesario que se presente acompañada de Sofía. Al llegar es hecha prisionera y crucificada en la puerta de Bagdad.



El gusto griego por las narraciones épicas parece no haber decrecido desde tiempos homéricos. Conocemos bien la vertiente clasicista —con Apolonio de Rodas y la escuela de Nonno, en la época helenística y bizantina, respectivamente—,³ pero aunque no es mucho lo que se sabe de la épica popular, puesto que se transmitía en forma oral, sí hay varios testimonios de su existencia; por ejemplo, Aretas de Cesárea (c. 850 - c. 944) habla de la actividad de los rapsodas en Asia Menor: “...esos malditos paflagonios han elaborado quién sabe qué tipo de cantos que tratan de las aventuras de héroes famosos y van [cantándolas] de casa en casa para obtener un óbolo”.⁴ Se conservan fragmentos de varias obras populares que narran las hazañas de héroes guerreros; entre ellas está *Armoúris*, cuyo contexto histórico es la lucha de Miguel III (820-867) contra el Islam y la caída de Amorión (838) en manos de los árabes. Los rapsodas populares entretejían narraciones y cantos cuyos héroes eran los soldados de la frontera (*ákrri*) hasta formar verdaderas sagas que se conocen bajo el nombre de “ciclo akrítico”; la más famosa de todas es la de Digenís, que debió irse formando desde fines del siglo IX (durante la dinastía macedonia, entre el reinado de Basilio I, 867-886, y Basilio II, 976-1025), aun cuando los manuscritos que se conservan —pues existen seis versiones— no son anteriores al XIV. El texto de

³ Véase Cantarella, R., *La letteratura greca dell'età ellenistica e imperiale*, Milano, Sansoni-Accademia, 1968, pp. 254-56.

⁴ Citado por Lindsay, J., *Byzantium into Europe*, London, The Bodley Head, 1952 (p. 368).

Grottaferrata (en 3 749 versos distribuidos en ocho cantos) es del siglo XIV, del XVI provienen los de Atenas, Trapzoúntas y el Escorial (este último es el más sencillo y en lengua más popular), y del siglo XVII son el de Andrés y otro de Ignacio Petrítzi.⁵

En cuanto a la historia de Umar al-Numán, los estudiosos coinciden en considerarla como una adición tardía al corpus de *Las mil y una noches* (que fue conformándose entre el año 900 y el 1500) y, como todas las narraciones en ella contenidas, delata la multiplicidad de fuentes de donde provienen: indias, persas, sirias, griegas, etc. En la literatura árabe no se registra un género “épico” en el sentido estricto del término, pero sí hay obras de carácter heróico como los *Ayyām al ‘arab*, es decir, los días de batallas o las gestas de los árabes, que son anteriores al Islam. Tanto en la prosa como en la poesía preislámicas se encuentran ya claramente expresados todos los rasgos que, varios siglos más tarde, se conocerán en Occidente como característicos de la forma de vida y el amor caballerescos: honor, lealtad, destreza en el combate, devoción a la dama, etcétera. Esta literatura se transmitía oralmente mediante “una institución que se parecía a la de los rapsodas en Grecia. Cada poeta tenía su *rawī* (recitador), que lo acompañaba a todas partes y se aprendía sus poemas de memoria. (...) Si la tradición de la poesía fue en un principio por amor al arte, después se convirtió en un negocio lucrativo, y los *rawīs*, en vez de estar ligados a poetas individuales, empezaron a formar una clase independiente y llevaban en la memoria un arsenal prodigioso de poemas antiguos y conocimientos misceláneos”.⁶ Ya en la época islámica se recopilan ejemplos de poemas populares —aunque una parte considerable debió provenir de tiempos anteriores al profeta—, y a veces se registra la música que los acompañaba, como en el *Kitāb al-Agānī* o “Libro de los Cantos”.

⁵ Para mayores datos sobre la literatura bizantina en general y el ciclo akritic en particular véase el ya citado Lindsay; Knöss, B., *L'Histoire de la littérature néo-grecque*, Stockholm, Almqvist & Wiksell, 1962; Dimarás, K., *Historía tīs Neobellinikīs Logotechnías*, Atenas, 1956; Politis, L., *Synoptikī historía tīs néas Hellinikīs Logotechnías*, Tesalónica, 1977; Montelattici, G., *Storia della letteratura bizantina (324-1453)*, Milano, 1976.

⁶ Nicholson, pp. 236-238.

Grunebaum en su *Medieval Islam* dedica el capítulo ix —intitulado “Creative Borrowing: Greece in the *Arabian Nights*” — a señalar los vestigios de la literatura clásica griega en *Las mil y una noches*. Según dicho estudioso, “los círculos de eruditos orientales conservaron cierto interés por los poemas homéricos hasta una época relativamente tardía. Teófilo de Edesa (m. 785) tradujo «los dos libros de Homero» al siríaco” (p. 303). Afirma, asimismo, que “la influencia del sentimiento particular con el que la época helenística y sus herederos se ocupan del amor y del amante fue un factor de gran importancia en el desarrollo de las ideas árabes sobre el tema del amor” (p. 295). Resulta sumamente difícil determinar a ciencia cierta la dirección en que se realizó tal o cual influencia, así como la época en que pudo haber ocurrido. Lo más probable es que ambas culturas hayan reforzado sus propias tradiciones durante su obligado contacto. La capacidad de asimilación cultural de los árabes se dio de una manera tan vertiginosa como su capacidad de conquistar territorios; en cambio, el imperio bizantino, empeñado en seguir los cauces de sus ilustres antepasados de la antigüedad y el helenismo, mantuvo una cultura oficial poco permeable a las influencias foráneas, pero las zonas alejadas de Constantinopla, como las de la Magna Grecia y Asia Menor, se tomaban la libertad de revitalizar sus culturas con elementos de diversa procedencia. Debido a que los poblados asiáticos limítrofes pasaban repetidamente de un dueño a otro, sus habitantes formaban parte de un entorno bilingüe y bicultural, donde los matrimonios mixtos eran cosa corriente, como consta en las dos obras que nos ocupan: donde dos princesas griegas viven largo tiempo en la corte musulmana, mientras que el emir Mousour y toda su parentela se trasladan a territorio bizantino. La historia registra bastantes casos de personajes importantes que deciden cambiar de bando y, generalmente, también de religión: por ejemplo, el último de los príncipes gasánidas de Siria, durante el reinado de Umar I (634-644); el cristiano converso Qudáma b. Ýa ‘far (m. 922), quien escribió una *Crítica poética* basada en la *Retórica* de Aristóteles (Grunebaum,

pp. 58-59 y 325); a Andrónikos Doukas, quien formaba parte de la expedición de Himerio, pero se unió al emir de Tarso y residió en Bagdad a partir de 906.⁸

Hemos hablado de algunas características de las obras y de los héroes que podrían calificarse de “épicas”, pero ¿en qué medida cabe decir que la historia de Digenís o la de Umar son obras épicas en el sentido en que suele entenderse el género? En lo que respecta a *Digenís*, quienes se ocupan de analizar esta obra la mencionan siempre como una épica, incluyendo a los estudiosos modernos como Dimarás y Polítis, pues todos coinciden en verla como el pueblo greco-bizantino, es decir, como una épica nacional que refleja la lucha de la cristiandad por detener el avance del Islam —de la misma manera en que el Cid luchaba contra los invasores árabes—; sin embargo, curiosamente, el héroe se limita a tener unas cuantas escaramuzas con pequeños o medianos grupos de merodeadores, lo que indica que el protagonista vive en una de esas épocas de paz relativa en la que no surgieron graves conflictos que ameritaran la participación de cuantiosos contingentes armados para enfrentarse en una guerra declarada. Digenís puede ser el prototipo del *akrítas* de decantado heroísmo, pero en realidad es un héroe sin batallas en las que estuviese de por medio el honor nacional.

Si los griegos comunes consideraron a *Digenís* la epopeya por excelencia, los árabes en cambio vieron en *Umar* sólo una de las múltiples narraciones que se contaban en los zocos de los pueblos y ciudades, mientras que los críticos actuales, cuando se refieren a su inclusión en *Las mil y una noches*, la califican de “novela”. Es cierto que contiene muchos y variados trozos novelescos, pero las partes en que relata los combates entre los ejércitos enemigos corresponden más a un sentido “épico” que las batallas que se encuentran en *Digenís*.

En realidad ni una ni la otra son epopeyas, sino que, como buenas creaciones populares, son una amalgama de elementos tomados de la historia y de varios géneros de la literatura tanto culta como popular, y su principal objetivo es el de divertir a un público no demasiado exigente. Las diferentes secciones

⁸ *The Cambridge Medieval History*, J.M. Hussey, ed., Cambridge University Press, 1956, p. 716. En adelante citada mediante las siglas C.M.H.

de ambas obras, no siempre bien urdidas, provienen en gran medida de las novelas de aventuras, de viajes, de vidas de santos y de caballería, pero, sobre todo, del riquísimo acervo del llamado “cuento maravilloso”. Si hubiera que hacer un análisis literario de esas obras, el método más adecuado sería el que propone Vladimir Propp en su *Morfología del cuento*.

Por último, restaría por decir que *Umares* es una obra en prosa pero que contiene largas tiradas en verso; algunos poemas son de autores reconocidos, aunque la mayoría pertenecen a la musa popular. *Diguenís* está escrito en el verso característico de la literatura popular bizantina: el decapentasilabo, y casi no incluye poemas o baladas, porque al narrarlo el rapsoda iba incorporando cantos extraídos del llamado “ciclo akrítico”. Estas dos obras, que exaltan el valor de aquellos que estaban dispuestos a pelear por conservar intactas las fronteras y, con ellas, la religión y los valores culturales, sólo fueron justipreciadas tardíamente. Una vez que la invasión turca marcó el final de la cultura clasicista bizantina —que, con sus altas y bajas, perduró a lo largo de un milenio—, los griegos se vieron impelidos a recopilar la hasta entonces desdeñada literatura popular, que —junto con el culto ortodoxo— empezó a funcionar con un vínculo de identidad nacional. Las proezas de *Diguenís* no sólo eran un recordatorio de las luchas contra el antiguo enemigo, sino que sirvieron como punto de partida para un nuevo ciclo de poemas, el de los “kleftes”, los jóvenes que se iban a las montañas para socavar el poder turco mediante una guerra de guerrillas. Por su parte, los cuentos que iban a formar *Las mil y una noches*, y tantos otros que se habrán perdido, nunca fueron vistos con buenos ojos por los críticos literarios árabes; fue necesario que causaran revuelo en Occidente para que se los considerara dignos de formar parte del acervo cultural árabe.

La espada

La batallas de la fe

Para el imperio bizantino del siglo VII la irrupción del Islam en la cuenca oriental del Mediterráneo no pudo ser más abrupta ni más devastadora: en poco más de veinte años perdió prácti-

camente la totalidad de la parte oriental a manos de los árabes. Vasiliev⁹ lo resume así: "En vida de Mahoma, sólo aislados destacamentos de beduinos cruzaron la frontera bizantina. Pero bajo el segundo califa, Omar, los acontecimientos se precipitaron a una velocidad extraordinaria. La cronología de las operaciones militares de la tercera y cuarta décadas del siglo VII es muy oscura y confusa. Según toda probabilidad, los hechos transcurrieron por este orden: en 634 los árabes se apoderaron de la fortaleza bizantina de Bothra, allende el Jordán; en 635 cayó Damasco; en 636 la batalla de Yarmuk abrió toda la provincia Siria a la conquista árabe y en 637 o 638 Jerusalén se rindió tras un cerco de dos años. En esta última operación se distinguió entre los árabes el califa Omar y entre los sitiados el patriarca de Jerusalén, Sofronio, famoso defensor de la ortodoxia. (...) Con la conquista de Mesopotamia y Persia, ejecutada a la vez que esta ocupación de territorios bizantinos, terminó el primer periodo de las conquistas árabes en Asia. A fines de la tercera década del siglo, el general árabe Amr compareció en la frontera oriental de Egipto, iniciando la conquista de este país. Después de la muerte de Heraclio, en 641 o 642, los árabes ocuparon Alejandría, y hacia el fin de la década 640-650 el imperio bizantino se vio obligado a renunciar a Egipto para siempre. La conquista de Egipto fue seguida de un avance árabe hacia las costas occidentales de África del Norte. Sobre el 650, Siria, parte del Asia Menor, la Mesopotamia superior, Palestina, Egipto y una zona de las provincias bizantinas del África septentrional estaban bajo el dominio árabe" (p. 267). "A mediados del siglo VII, bajo Constante II, las naves árabes de Muhawiya empezaron a invadir las aguas bizantinas y los musulmanes tomaron el importante centro marítimo de la isla de Chipre. No lejos de la costa de Asia Menor deshicieron la flota bizantina, comandada por el emperador en persona, se apoderaron de la isla de Rodas, donde destruyeron el célebre Coloso, y llegaron hasta Creta y Sicilia, amenazando el Egeo y Constantinopla" (p. 268).

La debilidad de Bizancio, producida por sus eternas luchas

⁹ Vasiliev, A.A., *Historia del Imperio Bizantino*, Barcelona, Joaquín Gil editores, 1946.

límitrofes contra eslavos y persas y las no menos terribles contiendas religiosas que mantenían dentro de su seno los partidarios de la ortodoxia y los de las diversas herejías, lo convirtió en presa fácil del naciente poderío árabe; a partir de entonces las batallas fronterizas no habrían de tener fin sino hasta que la invasión turco-mongola destruyó ambos bandos. A las provincias bizantinas tomadas por los árabes no les resultó difícil adaptarse a su nueva situación, en gran medida porque eran poblaciones semíticas y camíticas no del todo helenizadas y, en parte, porque el sistema administrativo y fiscal de los nuevos señores era menos duro que el que les habían impuesto desde Constantinopla. El cambio religioso tampoco significó en principio un problema, puesto que las provincias orientales fueron la cuna de los cismas heréticos y el Islam fue visto como una herejía más y no como una religión opuesta. “Es interesante notar —dice nuevamente Vasiliev (p. 261)— que al principio el Imperio Bizantino consideró al Islam como una especie de irrianismo, colocándolo en pie de igualdad con las demás sectas cristianas. La literatura apologética y polémica de Bizancio discutió con el Islam lo mismo que había hecho con los monofisitas, monotelitas y sectarios de otras herejías. Juan Damasceno, miembro de una familia sarracena, que vivió en la corte musulmana en el siglo VIII, no veía en el Islam una nueva religión, sino que la consideraba una especie de cisma, de carácter análogo a las otras herejías precedentes. Los historiadores bizantinos testimonian muy poco interés por la revelación de Mahoma y el movimiento político que inició. El primer cronista que da algunos datos sobre la vida de Mahoma, «soberano de los sarracenos y seudoprofeta», es Teófanos, que escribió en la primera mitad del siglo IX”.

El Islam, por su parte, aunque decidido a combatir a los paganos, mantiene una relación especial con los cristianos y los judíos, a quienes llama *Ahl al-Kitāb* o “gente del libro”. En la realidad, cierta intolerancia religiosa se dejó sentir en varias ocasiones. Es ya un lugar común hablar del “fanatismo musulmán”, como si no hubiese existido un “fanatismo cristiano”, pues no hay que olvidar que mientras en territorios musulmanes las comunidades de diversos credos podían vivir

sin ser perseguidas, en los territorios cristianos no sólo se hostigó a los infieles, sino que la ortodoxia reprimió con violencia y crueldad las cismas y hubo una lamentable destrucción de bienes culturales que realizaron ortodoxos e iconoclastas por igual. Los ejércitos árabes, al grito de "Dios es grande", y los griegos al de "La Cruz ha conquistado" midieron incontables veces sus fuerzas.

Parece ser que la leyenda de Digenís tuvo su origen en las luchas que contra la ortodoxia sostenían los paulicianos, secta herética de ideología maniquea y que estaba en contra del culto a las imágenes; por este último hecho recibieron el apoyo de los emires de las zonas circunvecinas. Lindsay señala,¹⁰ por ejemplo, que el abuelo de Digenís "se llamaba Chrysocherpes; es Chrysocheir [m.c. 872], último gran jefe militar de los paulicianos, a quien derrotó Basilio I. Karós [m. 863], el tío del emir Mousour, es Karbeas, otro jefe pauliciano, y Ambrón, abuelo de éste, es el emir sirio Omar de Melitene, quien se alió a los paulicianos en su revuelta contra el Imperio. La región de la novela es la sección mesopotámica entre Samosata y Melitene, así como Capadocia: las zonas centrales de la revuelta pauliciana". De ser así, la ascendencia pauliciana de Digenís explicaría en parte su poca combatividad contra los árabes y que no se haga mención en contra del Islam: se subraya que los árabes que deciden ir a vivir a la Romania se convierten, pero no se habla de un declarado antagonismo religioso ni de la necesidad de someter a los infieles. Con el paso del tiempo —y por el hecho de que los paulicianos fueron vencidos— las hazañas de Digenís fueron absorbidas por la tradición ortodoxa y fueron olvidados sus rasgos heréticos. Sin embargo, como señala Knöss (p. 65), en las versiones rusas se mantiene el origen pauliciano de estas luchas.

En *Umar* el tono general es semejante: se habla de luchar contra los francos, pero también de aliarse para combatir a un tercero: Umar une sus fuerzas con las de Afridún, en tanto que Kan, Nuzhat y Dandán se alían con Rumzat. Las conversiones también ocurren, como la de Sofía y el grupo de mujeres que la acompañaban, Ibriza y el resto de su ejército, Rumzat

¹⁰ Lindsay, p. 373; Cf. también Knöss, p. 56 y Dimarás, p. 20.

al convertirse en sultán de Bagdad y, por razones obviamente extrarreligiosas, la vieja y las cinco doncellas que habrán de engañar a Umar. Sólo sube el tono en el largo pasaje que narra la campaña de Sarkán y Daw para vengar la muerte de su padre. Aun cuando en general se reconoce el valor del ejército enemigo y la imposibilidad de tomar Constantinopla, sí menudean los epítetos contra los bizantinos y su religión, de los que se dicen cosas verdaderamente grotescas: el rey Afridún, al escuchar que los suyos habían sido derrotados “cayó desmayado y su nariz, de despecho, se le alargó hasta los pies”, o el absurdo relato de las ceremonias que llevaban a cabo los ortodoxos antes de la batalla y la forma en que obtenían el incienso.

Parece ser que la relativa tolerancia entre la ortodoxia y el Islam que prevaleció durante varios siglos se vio truncada a partir de las diversas oleadas de cruzados, quienes no sólo se ganaron el odio de los musulmanes, sino también el de los bizantinos, especialmente después del brutal saqueo que infligieron a Constantinopla en 1204. La gesta de Digenis debió terminarse antes de las Cruzadas, pero la de Umar sí alcanzó a registrar la hostilidad que suscitó la intrusión de los francos, pues los diferentes episodios que la conforman fueron amalgamándose sin preocupaciones de carácter cronológico: en el principio (noche 44) se dice que “en la ciudad de Damasco, antes del califato de Abd al-Malik b. Marwán, hubo un rey llamado Umar al-Numán, que era grande y poderoso y había vencido a los reyes de Persia y de Bizancio”. Sin embargo, poco después, en la noche 51 —y de ahí en adelante—, se menciona que el palacio de Umar está en Bagdad. En la noche 88, cuando Daw y Sarkán alistan sus ejércitos para vengar a su padre, se les reúne el jefe de los soldados de Daylam (es decir, la montañosa provincia irania situada en las costas meridionales del mar Caspio) y el jefe de los turcos. En tanto que al ejército y territorio bizantinos se los califica de “francos” y se dice que a sus huestes se añan “europeos de todas las regiones, como franceses, austríacos, raguseos, los de Zara, venecianos y genoveses”. La derrota de Persia y el establecimiento en Damasco indicarían la época del califato ortodoxo (632-661) y la dinastía Omeya (661-750); el traslado a Bagdad y la ayuda de un contingente

turco señalarían la época de la dinastía abasí (750-1258) y al califa al-Mu'tasim (833-842), quien formó una guardia turca —que desde entonces gozó de bastante poder y participó activamente en la toma de Amorión (838)— y, además, a uno de los reinos independientes, el de los buwayhidas (932-1055), provenientes de Daylam, cuyo ejército entró en Bagdad en 945 y asumió el control (Nicholson, p. 266); por último la inclusión de los francos indicaría la época de las Cruzadas (desde 1096, periodo de conquista, hasta 1921, con la pérdida de Siria).

En las épocas de graves conflictos se movilizaban ejércitos considerables capitaneados por los grandes señores, en tanto que en las épocas en que no había enfrentamientos sólo los pequeños grupos, que eran una mezcla de soldados y asaltantes, se dedicaban a defender y saquear las zonas limítrofes. En la épica griega se refleja claramente la organización administrativa de las provincias asiáticas. A fin de repeler los ataques persas y árabes, la parte oriental del Imperio se dividió en *themas* o distritos que estaban a cargo —tanto administrativa como militarmente— de un gobernador-general o estratega (en la obra se menciona a los Doukas, que fue una poderosa familia de estrategas, y a Antíoco). “Cada *thema* estaba dividido en dos o tres *turmae*, cada una bajo un turmarca, quien era al mismo tiempo comandante de la división y administrador de su sección de la provincia (...). La consolidación de los *themas* fue reforzada con la fundación de pequeños distritos militares fronterizos, las *kleisoúrai* o pasos fronterizos, creadas para proteger y defender las rutas montañosas por donde era fácil que se introdujera una invasión en las épocas en que se renovaba el conflicto con los árabes. Los *akritai*, que eran los sucesores de los antiguos *limitanei* o defensores de la frontera, eran independientes de las tropas que formaban el ejército regular de un *thema*, aun cuando en ocasiones estaban subordinados al estratega del *thema*” (C.M.H., pp. 27-28). En la épica vemos que Digenís es nombrado *akritas* por el propio emperador y se mueve libremente por el territorio sin recibir órdenes de ningún estratega y, también, que la situación de su padre el emir es bastante peculiar, puesto que vive como un señor instalado en su feudo, pero sin intervenir en hechos de armas ni

tomar partido por ninguno de los dos bandos. La importancia de los estrategas llegó a ser extraordinaria: "Por lo menos desde principios del siglo IX se encuentra una nobleza reconocida entre los grandes clanes de la Anatolia oriental, cuya influencia se hacía sentir tanto en la vida militar como en la civil (...). La enorme influencia en los asuntos del estado durante la época macedónica de familias como los Fokás, Doukás y Argyrós está presente en cada página de su historia. (...) Sus palacios en las provincias eran cortes en miniatura" (*idem.*, p. 99).

En la saga del rey Umar no aparece tan claramente la organización militar. Se habla tan sólo de los grandes enfrentamientos entre reyes y príncipes de ambos bandos. No obstante, sabemos que "como resultado de las conquistas iniciadas por Abu Bakr y continuadas por Umar el Imperio amplió enormemente su territorio. Debido a que cubría zonas habitadas por pueblos de diferentes razas, costumbres, grados de civilización y tipo de gobierno, Umar permitió a los administradores locales de los países ocupados continuar en sus puestos y se limitó a nombrar un comandante o gobernador (emir) que tenía poderes absolutos (...) [En cuanto a] las tierras que pertenecían a los habitantes de países conquistados, si la población se rendía bajo un tratado, entonces, según la Ley Sagrada, debían ser respetadas, pero si los habitantes resistían hasta ser vencidos, entonces los vencedores tenían derecho a tratarlos como mejor les pareciera"¹¹.

Los protagonistas de ambas narraciones deben mucho a los héroes de las novelas de aventuras, muy especialmente a la legendaria figura de Alejandro Magno, cuya biografía novelada se encontraba en "un texto griego en tres libros, atribuido falsamente a Calístenes, del que quedan tres redacciones, dos traducciones latinas y traducciones al siríaco, etíope y armenio. La leyenda se mantuvo en los cantos populares griegos y tuvo inmensa difusión en la cultura medieval" (Cantarella, p. 300). Pero también tienen una gran deuda con los héroes nacionales, pues aun cuando no sean personajes históricos —como el Cid o Carlomagno— sí son arquetipos formados con las característi-

¹¹ *The Cambridge History of Islam*, P.M. Holt, ed., Cambridge University Press, 1970.

cas de aquellos. Resulta imposible afirmar cuáles fueron los modelos, pero sí cabe señalar a los que alcanzaron más renombre entre la población. Entre los árabes podemos mencionar a 'Amar, uno de los poetas preislámicos que más tarde pasó a ser héroe de una leyenda: Maslama, comandante en jefe del ejército musulmán y medio hermano del califa Sulaymán, quien dirigió una flota de 1 800 barcos y con un contingente de 80 000 hombres puso sitio a Constantinopla entre 717 y 718; en la batalla de Akroinón en 749 murió un héroe musulmán que más tarde fue protagonista de una épica árabe y otra turca bajo el nombre de Sayyid al-Baṭṭāl Gázī, al-Baṭṭāl significa "muy heroico" y Gázī es el equivalente de *akrías* (cf. Vasiliev, p. 300); y, por último, estaría Sayf al-Dawla, mencionado en el primer párrafo de este escrito.

Entre los héroes bizantinos se cuenta a Belisario, el general de Justiniano (527-565), quien obtuvo para el Imperio asombrosas victorias en Italia, África y Asia Menor, convirtiéndose después en protagonista de una leyenda —en tres diferentes versiones— que narraba los hechos, en parte históricos y en parte inventados, subrayando sus últimos y trágicos días. Se han perdido varias leyendas que cantaban las hazañas de héroes como Diógenes, turmarca que murió en 788 defendiendo el *thema* de Anatolia, pero sí se conserva la que narra la revancha por la caída de Amorión, después de la cual el califa mandó decapitar a 42 personas de entre miles de cristianos capturados. Existen también algunas canciones del ciclo de los Doúkas, de Andrónikos, el que por intrigas palaciegas decidió exiliarse en Bagdad, y su hijo Constantino. También pudieron servir como modelo los excelentes militares de la época macedónica, como Himerio, Nicéforo Focás, Juan Zimiscés y, sobre todo, Juan Curcuás, armenio que capturó Melitene en 933 y Edessa en 944, donde recuperó una famosa reliquia cristiana: el *mandilion* (pañó en el que estaba milagrosamente el rostro de Cristo). "Este hecho causó profunda impresión entre los contemporáneos y propició desertiones y conversiones en masa. El emir Abu Hafs de Melitene, nieto del famoso Amr, después de rendirse a Curcuás firmó un tratado de paz mediante el cual se comprometía a tomar parte, junto con sus hombres, en todas

las expediciones bizantinas; existe un texto árabe que afirma que 12 000 soldados de caballería fueron transferidos al enemigo” (*C.M.H.*, p. 139). Basándose en este hecho surgió una épica durante el reinado de Romanos Lekapenos sobre la conversión del descendiente de ‘Amr y los paulicianos.

Las batallas del amor

Los héroes de estas epopeyas populares están revestidos de todas las virtudes imaginables, y su belleza exterior va aunada a su valentía y a una fuerza que a menudo rebasa los límites humanos. Así, Digenís desde temprana edad puede partir en dos a mano limpia, con la espada o el mazo, no sólo a las bestias salvajes de los alrededores, sino también al caballo de Maximó y a un dragón que se metamorfosea en doncel ante las damas hermosas. La narración árabe contiene menos elementos de esta índole: de Umar se dice que “era invulnerable al fuego y nadie podía competir con él en correr al galope”, y cuando Sarkán está preso logra romper las cadenas que lo ataban con un suspiro. Las mujeres de las que se enamoran los héroes son también, obviamente, un portento de gracia y hermosura. Veamos, por ejemplo, la descripción de Digenís y de Eudoxia:¹²

Brillaba entre los caballeros como un sol,
en la mano derecha esgrimía una lanza verde
de manufactura árabe, con un gallardete de oro.
Tenía un rostro encantador, un trato agradable,
un pone elegante y era bien proporcionado.

Y, además:

el orgullo de los reyes, la gloria de los griegos,
el elogio de los valientes, el audaz Digenís,
el ornamento de la sabiduría, el honor de las virtudes,
el bienhechor, el pacificador de la Romania.

¹² Knöss, p. 57 y 60.

En cuanto a su dama:

Ella es en verdad como un hermoso cuadro,
 (...) su cabellera es resplandeciente y rubia,
 sus cejas negras, curvadas como la luna
 y su cara, cuando se inclina, semeja una rosa.

El texto árabe tampoco escatima adjetivos, pues ésta es la descripción que se hace de Ibriza en la noche 46: "su talle avergüenza a las lanzas. Se nos muestra con dos mejillas sonrosadas y con unas líneas que encierran todas las bellezas. Sus cabellos, sumergidos en la luz de su rostro, parecen la noche que prelude una aurora de alegrías". En la noche 49, después de cantar en griego, pregunta a Sarkán:

—Musulmán, ¿has comprendido lo que he dicho?
 —No, pero me ha impresionado tu arte.
 —Si cantase en árabe, ¿qué harías?
 —Perdería la razón.

Las relaciones entre los héroes y las mujeres con quienes tratan ocurren siempre dentro de los límites de las reglas cortesanas, y esos valerosos caballeros que son capaces de vérselas solos contra todo un ejército languidecen casi hasta la muerte si el objeto de su amor no les corresponde: Umar desespera ante la indiferencia de Ibriza, Digenís se acompaña de la lira para cantar su pasión por Eudoxia y sucumbe ante la vencida Maximó:

Entonces se encendió en mí el fuego del deseo sin saber qué me ocurría, todo en llamas me esforzaba por huir de la culpa y me acusaba a mí mismo y decía: "Malvado, ¿por qué amas lo que no te pertenece cuando posees una fuente límpida y perfumada?". Mientras decía estas cosas en mis adentros, Maximó avivaba aún más las llamas del amor al murmurar a mi oído dulcísimas palabras, y por ser joven, buena, hermosa y virgen; de ahí que mi razón cediera al deseo impuro.¹³

Como ya habíamos dicho, la vida y el amor caballerescos eran ingrediente indispensable tanto en obras en prosa como en verso en las literaturas cultas y populares de griegos y árabes

¹³ Cantarella, R., *Poeti Bizantini*, dos Vols., Milano, 1948 (I, 228 y II, 258).

por igual; de ahí que no cabe suponer que esos elementos hayan sido tomados de Occidente. Grunebaum señala (p. 311-312) que al-Waššá' (m. 936, en su *Kitāb al-muwaššā'*) "al formular los requerimientos de la educación cortés define en detalle y con toda seriedad los síntomas del amor *à la mode*: «los primeros signos del amor en un hombre de comportamiento comedido son el adelgazamiento del cuerpo, la constante enfermedad, pérdida del color y falta de sueño. Sus ojos están entrecegados, sufre sin cesar, las lágrimas siempre prontas a brotar... Un amante no puede pasar desapercibido aunque se oculte, ni su pasión permanecerá en secreto aun cuando trate de controlarse». Aun las acciones que implican violencia se ven atemperadas por un trato cortés: El emir y Digenís raptan a las jóvenes Doúkas, pero les tienen gran consideración y se casan con ellas; Umar prefiere a Sofía más que a sus esposas árabes aunque, legalmente, sólo era su concubina.

A los personajes masculinos, más que su sabiduría, los distingue el valor y su riqueza. El único cuyo papel reside en la inteligencia es el visir Dandán. Cuando la riqueza no es suficiente para sostener un ejército o pagar un status no queda más remedio que convertirse en soldado con mezcla de bandolero. Así vemos que Daw vive una adolescencia casi de antihéroe, mientras que su hijo Kan, cuando el chambelán le usurpa el cargo, se convierte en asaltante y durante un tiempo convive o pelea con otros bandoleros. Digenís en cierto sentido lleva una vida marginal, pues no forma parte, como su madre y su esposa, de la aristocracia provincial griega, y es sólo en cuanto *akrítas* como logra hacerse de una posición respetable. Como en toda narración épica los héroes se mueven por adquirir honor y —no en menor medida— un buen botín. Los caballeros van siempre espléndidamente montados y armados; y es curioso notar que Digenís lleva una espada árabe y los árabes portan espadas indias. Cuando las batallas se alargan o son indecisas se recurre a la lucha entre los paladines de cada ejército para dirimir quién es el vencedor.

Los personajes femeninos constituyen elementos imprescindibles en la épica. Tanto en terrenos bizantinos como en los árabes sólo las mujeres de la aristocracia tenían posibilidades

de adquirir una buena educación. Así surgen en Constantino-
pla poetisas o escritoras como Cassia y Ana Comnena o empera-
trices que ejercen un enorme poder como Teodora o Irene, pero
el resto de la población femenina sólo aprende a hacer las labo-
res de la casa y ciertas artesanías, a menos que se convierta en
cortesana. Las mujeres que aparecen en *Diguenís* no destacan
mayormente ni por su participación en la trama ni por sus apti-
tudes, con excepción de las dos extranjeras: la joven árabe de
Merfeké y la amazona Maximó. En cambio, sus congéneres del
texto árabe tienen una enorme importancia: destacan dos grie-
gas, la vieja Sawahi, paradigma de astucia e ingenio, y la prin-
cesa Ibriza; pero Nuzhat, la representante árabe, no se queda
atrás: en el transcurso de la historia desempeña siempre un
papel más importante que el de su hermano gemelo Daw y,
cuando va a ser vendida a Sarkán, hace gala de sus vastos conoci-
mientos:

Conozco la filosofía, la medicina y la lógica, el comentario de los
capítulos de Hipócrates escrito por Galeno, el filósofo, y también el
comentario de éste; he leído la Tadhira, he comentado el Burhan,
he estudiado el Mufradat de Ibn al-Baytar y he hablado sobre el Canon
de Avicena; me he distinguido en los enigmas y he planteado proble-
mas; he explicado geometría y poseo a la perfección la ciencia de los
cuerpos; he leído el libro de los safíes, he estudiado la tradición y
la gramática, he discutido con los sabios y he hablado sobre todas
las ciencias; me he familiarizado con la lógica, la elocuencia, la aritmé-
tica y la dialéctica; conozco la magia espiritualista y la determinación
de la hora. He entendido todas las ciencias (noche 58).

Más adelante, cuando la vieja concibe una treta para asesi-
nar a Umar, hace que instruyan a cinco doncellas en las ciencias
y las letras musulmanas para ganarse la confianza del rey. La
visión que la literatura popular tiene de lo que era la cultura
en las refinadas cortes de la época resulta muy ilustrativa tanto
del panorama cultural —y del avanzado sincretismo de ele-
mentos árabes y bizantinos— como de la participación femeni-
na en diversos ámbitos.

Este singular mundo de jóvenes valerosos y sus damas, de
poblaciones mixtas y de batallas por la fe se vio sacudido, pri-
mero, por las Cruzadas y, después, por el avance incontenible

de las fuerzas turcas. Nada quedó del poderío bizantino ni del árabe, y el imperio cultural que ejercían pasó —¿para siempre?— a Occidente. Los caminos que siguieron bajo la dominación turca fueron igualmente duros, pero muy diversos, y no han vuelto a reunirse ni a fecundarse, cancelando la posibilidad de realizar labores conjuntas como aquellas de traducción y creación que fueron semilla del Renacimiento. Al pasar revista a los siglos de lucha en que tantos héroes dignos de ser cantados no alcanzaron a ganar la batalla decisiva, adquiere mayor vigencia el sentimiento de desolación que experimenta Labíd, poeta preislámico muerto en 622, ante un pasado irrecuperable:¹⁴

Yermas están las tierras donde una vez
erigieron sus moradas los pobladores de Minā
desoladas están las montañas de Gawl y Riḡām
y los surcos desnudos del valle al-Rayyān semejan
una escritura que el viento grabó en la piedra;
deshabitadas ruinas por las que han transcurrido
largos años con sus meses sagrados y profanos. (...)

Las torrenciales lluvias han puesto al descubierto
los negros contornos de lo que fueron casas,
como renglones de un texto que la pluma retrazara
o las líneas de un tatuaje que reentinta una mujer.

Me detuve para interrogarlas, pero ¿qué se gana
con preguntar a esas duras piedras inmutables
que hoy hablan una lengua del todo desconocida?

¹⁴ Es un pequeño fragmento de la *mu'allaqa* de Labid B. Rabī al-āmīrī. Versión realizada a partir de las traducciones de Corriente, F., *Las mu'allaqāt: antología y panorama de Arabia preislámica*. Madrid, Instituto Hispanoárabe de cultura, 1974, pp. 101-2; Krietzeck, J., *Anthology of Islamic Literature*, Penguin Books, 1964 (p. 64); y Nicholson, pp. 119-20.